# Lectura literaria de "El general en su laberinto"

Randolph D. Pope
*Universidad de Washington en San Luis*

*El general en su laberinto* contiene cuatro textos, la novela propiamente tal, una sección de agradecimientos, una cronología y un mapa. La novela está dedicada a una versión de la historia de los últimos meses de Bolívar en 1830, minuciosa reconstrucción que imagina el viaje del Libertador por el río Magdalena, sus fiebres, los baños reparadores a que se somete, aromatizados con hierbas medicinales, las conspiraciones que lo asedian y su desaliento ante el fracaso de su empresa panamericana. Por cierto que se encuentran aquí las signaturas de García Márquez, descripciones hermosísimas ("La luz era una harina de oro que se filtraba por la fronda de los naranjos al cabo de tres días de lluvias, y alborotaba a los pájaros entre los azahares", 152), anticipaciones ("había de recordar hasta el fin de sus muchos años", 248), momentos grávidos de destino ("aquella fue su primera experiencia del mundo, y lo había marcado para siempre", 226), gestos sublimes y desmesurados. Pero parecen darse a contrapelo de la materia narrativa, que obliga a pacientes explicaciones y empuja al detalle comprobable, verificado en un acopio de documentos que se adivina al trasluz del encantamiento imaginativo de la escritura. La libertad de la ficción se ve comprometida por el rigor de la historia. A pesar de que la historia es también un género literario —y Hayden White ha estudiado magistralmente los diversos procedimientos narrativos con los que se da continuidad a la miríada de posibles acontecimientos memorables— los lectores no leen en la misma forma una obra que se define como novela y otra que se presenta como historia. A esta última se le exige que sus afirmaciones sean comprobables, ya sea en otros documentos o por la experiencia de los lectores. Una descripción de una ciudad debe servirnos para caminar por ella, un nombre puede servirnos como punto de partida para nuestra propia investigación que nos llevará a otros documentos o regiones. Esta posible puesta en práctica de la información distingue claramente la historia de la novela. Ciertamente, una novela puede hacer referencias a episodios o lugares de los cuales tenemos información por otras fuentes, pero no es necesario ni le preocupa a los lectores comprobar la veracidad de las afirmaciones del novelista. Desde un punto de vista literario, se cuestiona su lógica interna, su verosimilitud de acuerdo a sus propias reglas, la sabiduría implícita en su visión del mundo, el pulso narrativo, la riqueza del texto con su frágil unidad que apenas recubre el enjambre de las palabras, cada una con su propia carga y vuelo.

La lectura de la primera parte de *El general en su laberinto*, a pesar del conminatorio letrero de *Novela* que sigue al título en la cubierta de la edición de Sudamericana, resulta inquietante y escurridiza, sugiriendo preguntas sobre qué otras versiones existirán sobre los acontecimientos que se narran. En el caso que no existan —y García Márquez se ha concentrado precisamente en un período sobre

el cual no hay testimonios escritos— los lectores pueden preguntarse sobre la exactitud de la reconstrucción del narrador. De la autonomía de la ficción se pasa a la hipótesis de la historia. Si bien la historia es literatura, no es ficción. La historia, por supuesto, siendo números y palabras, imágenes y monumentos, tampoco es idéntica con lo ocurrido. Lo que importa es que *como lectores* manejamos estos textos en forma diferente. *El general en su laberinto* se parece más a *Relato de un náufrago* que a *Cien años de soledad*. En *Relato* también había un mapa y una sección dedicada a contar cómo se había llegado a escribir la historia del náufrago y sus diez días a la deriva. Las afirmaciones del texto sobre "la verdad" del caso tuvieron repercusiones inmediatas, "represalias drásticas que habían de culminar, meses después, con la clausura del periódico" en que se publicaron (*Relato*, 9).

Es posible afirmar que todo nombre es convencional, que la persona es una construcción social, pero actuamos en forma diferente ante un nombre que consideramos ficticio (sin consecuencias fuera del mundo de la novela, no comprobable por otros documentos), y uno que nos concierne directamente en la vida cotidiana (alguien a quien podemos llamar por teléfono, alguien de quien podemos averiguar otras versiones igualmente convincentes). El nombre de Bolívar es uno de estos nombres resistentes a la ficción y generadores de hipótesis múltiples y contradictorias. A pesar de que el narrador afirma que "fue así" (15, 244) o que "así había sido" (60), no pueden los lectores sino interrogarse sobre la exactitud de esta versión de los hechos. Cuando se ha aprendido que trenes llenos de muertos de una huelga bananera desaparecen o se multiplican en documentos y novelas, no resulta posible sino una lectura crítica y cuestionadora que interfiere con el placer de ésta.

Hay una tercera parte que se presenta con la autoridad de una cronología escueta, indiscutible. No está *escrita* por García Márquez, sino *elaborada* por Vinicio Romero Martínez. Se afirma: el 24 de julio de 1783 nació Simón Bolívar, el 9 de diciembre de 1824 se produce la victoria de Sucre en Ayacucho ("Queda libre toda la América española", 281), el 8 de mayo de 1830 "sale Bolívar de Bogotá a su destino final" (285), un hacinamiento de fechas y nombres, con algunos verbos que subrayan lo destacable de los años de vida que la primera parte del texto glosa y viste de gala. Como última página viene la cuarta parte de *El general en su laberinto*, un "mapa esquemático" (287) que permite seguir el viaje de Bolívar por el Magdalena, o al menos por su imagen de tinta.

La segunda parte es aparentemente una simple nota en que se explica la gestación de *El general en su laberinto*, a continuación del gran "FIN" de la página precedente y bajo el modesto título de "*Gratitudes*". Aquí hay vida y aparecen las tachaduras que el rigor histórico impuso a la fantasía. Parece un simple añadido, y es sin embargo —aunque parezca sólo la moda de insistir en el poder de los suplementos y de lo marginado— lo más interesante desde un punto de vista literario. Aquí se nos dice que García Márquez heredó la idea de escribir este libro de Alvaro Mutis y se cuenta cómo un generoso grupo de amigos colaboraron para ayudar al escritor a navegar "las arenas movedizas de una documentación torrencial" (272). En una forma típica del vitalismo de García Márquez, los documentos y libros aparecen como amenazantes —arenas movedizas, grandes lluvias— mientras que Fabio Puyo llama desde París, Gustavo Vargas contesta el teléfono en México, Vinicio Romero escribe desde Caracas, y Jorge Eduardo Ritter hace vuelos urgentes para acercar un libro difícil de encontrar. El expresidente Belisario Betancur aclara dudas del escritor García Márquez durante un año de consultas telefónicas. La unidad continental soñada por Bolívar pero astillada repetidamente por la realidad parece conquistada y fácil en las gratitudes de García Márquez. El teléfono, el télex y el avión reemplazan con ventaja las demoradas cartas de antaño y el lento curso de un río malsano. Los amigos del escritor, con su benévola conspiración de ayuda, son preferibles a los inescrutables amigos del Libertador, con sus enmarañadas conspiraciones en que volubles intereses personales, nacionales y continentales se entremezclaban febrilmente. (No deja de ser significativo que esta novela de un escritor colombiano haya sido mecanografiada en México y editada por

Sudamericana en Buenos Aires, pero impresa, al menos mi copia, por la Editorial Lord Cochrane —otro libertador transnacional— en Santiago de Chile).

Y es aquí también, entre estas gratitudes, que se adivina la resistencia del general en su laberinto de rumores, documentos, contradicciones, pasiones todavía encendidas, a dejarse atrapar en los límites de una novela, pues afirma García Márquez estar consciente de "la temeridad literaria de contar una vida con una documentación tiránica, sin renunciar a los fueros desaforados de la novela" (272). Pero ha habido renuncia, como se deja entrever en el último párrafo de las gratitudes: "Por último, Antonio Bolívar Goyanes —pariente oblicuo del protagonista y tal vez el último tipógrafo al buen modo antiguo que va quedando en México— tuvo la bondad de revisar conmigo los originales, en una cacería milimétrica de contrasentidos, repeticiones, inconsecuencias, errores y erratas, y en un escrutinio encarnizado del lenguaje y de la ortografía, hasta agotar siete versiones" (274). En la superficie, esto no es más que un buen ejemplo del rigor que tienen los buenos editores, pero no deja de ser inquietante la coincidencia, subrayada por García Márquez, de que este castigador del lenguaje haya sido un pariente —por oblicuo que sea— del general, como si la gravitación de esa misteriosa persona, autoritaria y vacilante, siguiera ejerciendo un dominio de ultratumba y de ultratexto. Se nos dice que hubo "originales" que han quedado agotados y han pasado por siete versiones. ¿Se trata de *ocho* manuscritos, un original y siete versiones, o de *siete* manuscritos, con un original solo posible en las regiones platónicas de las ideas puras? Con el original escrito por la vida, todo lo que la literatura puede hacer es bordar versiones, que contaminan o depuran esa memoria que siempre está abierta a la revisión. Como afirma Bolívar en la novela, "no hay nada más peligroso que la memoria escrita" (162), pues allí se corta su vuelo, se agota su flujo y deja transparentar su espuria calidad de versión de un original extraviado en el laberinto del tiempo.

De lo que hemos dejado de leer queda sólo un resabio, una tachadura melancólica, en las últimas líneas del texto de García Márquez, antes de la sucinta cronología y el mapa esquemático: "Fue así como sorprendimos con las manos en la masa a un militar que ganaba batallas antes de nacer, una viuda que se fue a Europa con su amado esposo, y un almuerzo íntimo de Bolívar y Sucre en Bogotá, mientras uno de ellos se encontraba en Caracas y el otro en Quito. Sin embargo, no estoy muy seguro de que deba agradecer estas dos ayudas finales, pues me parece que semejantes disparates habrían puesto unas gotas de humor involuntario —y tal vez deseable— en el horror de este libro" (274). Es posible que lo literario, aquello en que la imaginación rebasa a la historia y la estética corrige a la naturaleza, haya residido en esa cena íntima de Bolívar y Sucre que quedó silenciada por el descendiente del general, adquiriendo la misma fantasmal consistencia del encuentro famoso de Guayaquil entre Bolívar y San Martín. Precisamente sabiendo que jamás pudo ocurrir, podríamos leerla en la serenidad gozosa de la ficción, sin la tentación de verificar la exactitud de lo narrado en las arenas movedizas de la documentación torrencial. Pero la documentación tiránica se impuso sobre la temeridad literaria. ¿Del todo? Queda una esperanza: Antonio Bolívar Goyanes, al parecer, no usa una computadora, sino es "el último tipógrafo al buen modo antiguo que va quedando en México". Este lector literario al menos ruega al editor que llame por teléfono a Antonio Bolívar, obtenga una copia por télex o telefax de la cena íntima y la añada como la quinta columna de esta ambiciosa empresa de escribir los últimos días de Bolívar.

**Obras citadas**

García Márquez, Gabriel, **Relato de un náufrago**, Barcelona: tusquets, 1970.

---. **El general en su laberinto**, Buenos Aires: Sudamericana, 1989.